

Guy de Maupassant

Bola de Sebo
Cuentos de guerra
y de otros desastres

Selección y traducción de Esther Benítez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© de la selección y traducción: Herederos de Esther Benítez Eiroa
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-81-1148-036-9
Depósito legal: M. 19.265-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del editor

- 15 Bola de Sebo
- 70 En una noche de primavera
- 78 Recuerdo
- 85 Mademoiselle Fifi
- 103 El ciego
- 108 Un hijo
- 122 La sillera
- 132 Minué
- 139 La loca
- 144 Dos amigos
- 154 San Antonio
- 166 La aventura de Walter Schnaffs
- 178 La reina Hortensia
- 189 El viejo Milon
- 198 La madre de los monstruos
- 206 Miss Harriet
- 233 Tombuctú
- 244 Mi tío Jules
- 255 Un duelo
- 262 Humilde drama
- 270 Un golpe de Estado
- 285 Camarero, ¡una caña!

294	El collar
306	La abuela Sauvage
317	El pordiosero
325	Lo horrible
333	La cama 29
349	Mohamed el Golfo
360	Los prisioneros
376	Julie Romain
387	Campanilla
394	El vagabundo
412	Los Reyes
429	Boitelle
441	La máscara

Nota del editor

Esta nueva edición de los cuentos de Guy de Maupassant seleccionados en su día por la traductora Esther Benítez en la década de 1980 reagrupa, sin poder contar con ella (lamentablemente nos abandonó en 2001), los volúmenes primitivamente publicados en la colección El libro de bolsillo de Alianza Editorial, proponiendo una nueva ordenación que esperamos hubiera contado con su beneplácito¹.

1. Estos volúmenes son, por orden de publicación: *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra* (1979; reed. 2004), *El Horla y otros cuentos fantásticos* (1979; reed. 2001), *La vendetta y otros cuentos de horror* (1979; reed. 2002), *Mi tío Jules y otros seres marginales* (1980; reed. 2005), *Un día de campo y otros cuentos galantes* (1981; reed. 2007) y *La casa Tellier y otros cuentos eróticos* (1982; reed. 2005). Las referencias de página que figuran en las notas siguientes remiten a las respectivas reediciones.

Así, su selección –basada tanto en el criterio² como en el gusto personal en el caso de varias versiones de un mismo cuento³– viene a publicarse ahora en tres volúmenes según las que, a juicio de la propia Esther Benítez, «son las tres líneas maestras de la narración en Maupassant: la guerra, la vida galante, el horror»⁴.

De este modo, ha parecido plausible reunir, en primer lugar, bajo el título *El Horla: Cuentos fantásticos y de horror*, los volúmenes *El Horla y otros cuentos fantásticos* y *La vendetta y otros cuentos de horror*, en los que se agruparon aquellos relatos que se podría decir que provocan una desazón en el lector. «¿Cómo deslindar lo fantástico del horror?», se preguntaba ya entonces la traductora⁵. Y si a *El Horla* fueron a parar en su día aquellos cuentos en que «prima el factor locura, lo irracional, el miedo, la neurosis y la obsesión de la soledad»⁶, en *La vendetta* prevalecieron aquellos en que «domina el factor crimen, bien contra sí mismo: suicidio, bien contra los demás: asesinato»⁷.

2. «En una década –de 1880 a 1890– [Maupassant] publicará más de trescientos cuentos. [...] Entre tan abundante producción, el material, como es lógico, es bueno y menos bueno [...] no todo Maupassant es excelente», *Mademoiselle Fifi...*, cit., pp. 7-8.

3. «Urgido por la necesidad de entregar un original para que lo devoren las prensas, Maupassant retoma más de una vez un viejo texto, lo reelabora mínimamente y lo da para su publicación», narrando prácticamente la misma historia en versiones ligeramente distintas. «En tales casos, me he quedado con aquel cuento al que mis preferencias personales me inclinaban, el que me parecía más logrado desde el punto de vista estilístico y narrativo» (ibídem, p. 8).

4. Ibídem, p. 9.

5. *La vendetta...*, cit., p. 8.

6. Ibídem, p. 9.

7. Ibídem.

Pero en todos ellos, en suma, se toca en último término un incidente de carácter extraordinario por inexplicable o anómalo, por arrebatado o por atroz, todo lo cual justifica el nuevo volumen.

El volumen *Bola de Sebo: Cuentos de guerra y de otros desastres* reúne, por su parte, los relatos de *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra* junto con los de *Mi tío Jules y otros seres marginales*. Si bien es verdad que en el primero de los libros mencionados era la guerra «el tema de todos los relatos, sea la guerra del 70 o la guerra colonial»⁸, no lo es menos que en su prólogo al segundo la propia Esther Benítez expresaba que en los allí recogidos «el pesimismo maupassantiano bosqueja un cuadro en el cual la paz asemeja una guerra larvada. Guerra de una sociedad acomodada y biempensante contra los seres más desvalidos y débiles»⁹. Vienen a juntarse finalmente así los damnificados por los conflictos armados con otros personajes que son como «restos de un naufragio; los temporales que han arrojado a las playas de la infelicidad tantas ruinas humanas resultan muy diversos: la ambición, la pobreza, la invalidez»¹⁰.

Finalmente, en *La mujer de Paul: Cuentos galantes* se han reunido los cuentos antes repartidos entre *Un día de campo y otros cuentos galantes* y *La casa Tellier y otros cuentos eróticos*, que tienen como común denominador

8. *Mademoiselle Fifi...*, cit., p. 10. Se refiere a la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que terminó con la derrota francesa y la pérdida de las regiones de Alsacia y Lorena, y a otros conflictos en el escenario de África.

9. *Mi tío Jules...*, cit., pp. 7-8.

10. *Ibidem*, p. 7.

aquello que la cultura humana ha dado en etiquetar como «amor». En el caso de Maupassant, claro está, este «amor» está «al margen de las reglas en la mayoría de los casos»¹¹ y gira en torno al sexo o la aventura, ya tenga como escenario París y sus alrededores (con sus excursiones, sus remeros y sus establecimientos junto al río que tan bien retrataron los pintores impresionistas), o bien el ámbito provincial y rural. En los relatos aquí reunidos no es el escenario el que determina, sino la naturaleza humana, pues, como indicaba asimismo la traductora, es curioso y aleccionador apreciar la diferencia de perspectiva entre uno y otro mundos: «en el campesino hay una amoralidad natural que la sociedad, con sus convenciones, aspira a embotar o borrar. Si comparamos, por ejemplo, “Los zuecos” con “La seña”, vemos cómo a la buena de Adélaïde no le quita el sueño acostarse repetidamente con su amo mientras que a la baronesa de la Grangerie la pone al borde de la histeria una relación sexual de una sola ocasión. Y al padre de la moza tampoco le preocupa lo ocurrido: le irrita la inconsciencia de su hija, que se acuesta con el amo al igual que le hace el café o le limpia la casa»¹².

En cuanto a la ordenación de los relatos para esta nueva edición, se ha seguido la pauta que marcó la preparadora en su momento: cronológico según su fecha primera de publicación –que, con alguna excepción, suele abarcar el periodo que va de 1880 a 1890–, y, en cuanto a la elección del texto original, sigue en lo posible «la

11. *Un día de campo...*, cit., p. 8.

12. *La casa Tellier...*, cit., p. 9.

magnífica edición de Louis Forestier en La Pléiade»¹³ y, cuando no lo fue por razones de temporalidad –un desfase entre la edición de su traducción y la de Forestier no le permitió hacerlo en todos los casos–, la de Albert-Marie Schmidt¹⁴.

Esta nota quedaría incompleta si no recogiera asimismo las palabras con que Benítez cerraba el prólogo al primero de los volúmenes publicados: «Por último, unas breves palabras sobre la traducción. Antes de poner manos a la obra examiné, como es natural, las anteriores. Nada me parece más inútil que repetir un esfuerzo que otro ha realizado ya con resultados satisfactorios. Mas por desgracia –o por fortuna para mí, pues me ha proporcionado el placer de traducir a Maupassant– la traducción más completa de las existentes resultaba insuficiente¹⁵: el criterio imperante parecía ser el del “embellecimiento” del texto, omitiendo las abundantes repeticiones de palabras, peinando el estilo cuando éste le parecía desgreñado, solucionando los problemas por el sencillo método de eliminar las frases en los que se planteaban, y prescindiendo de algo muy importante en un cuentista como Maupassant, tan amigo del diálogo: las diferentes hablas

13. *Un día de campo...*, cit., p. 12. La edición a la que se hace referencia es Guy de Maupassant, *Contes et nouvelles*, prefacio de Armand Lanoux, introducción de Louis Forestier, texto establecido y anotado por Louis Forestier, vols. I y II, Bibliothèque de La Pléiade, París, Gallimard, 1974, 1979.

14. Guy de Maupassant, *Contes et nouvelles*, ed. de Albert-Marie Schmidt, 2 vols., París, Albin Michel, 1956-1957.

15. Se refiere a Guy de Maupassant, *Obras completas*, vol. II, ordenación, traducción y prólogo de Luis Ruiz Contreras, Madrid, Aguilar, 1948, 1965.

de los personajes, según se trate de personas cultas, campesinos o extranjeros. La lengua maupassantiana, diferenciada en cada cuento en distintos niveles de habla, estaba ausente en dicha traducción. Espero haberla respetado en la mía, ofreciendo al lector nueva ocasión de goce con la prosa, tan peculiar, de nuestro autor»¹⁶.

16. *Mademoiselle Fifi...*, cit., pp. 13-14.

Bola de Sebo*

Durante varios días consecutivos habían cruzado por la ciudad jirones del ejército derrotado. No se trataba de la tropa, sino de hordas desbandadas. Los hombres llevaban barbas crecidas y sucias, uniformes andrajosos, y avanzaban con paso cansado, sin bandera, sin regimiento. Todos parecían abrumados, derrengados, incapaces de una idea o una resolución, marchaban sólo por hábito, y se caían de fatiga en cuanto se detenían. Se veía sobre todo a movilizados, gente pacífica, tranquilos rentistas, doblados bajo el peso del fusil; jóvenes voluntarios alerta, fáciles de asustar y prontos al entusiasmo, tan dispuestos al ataque como a la huida; y además, entre ellos, unos cuantos calzones rojos, despojos de una división triturada en una gran batalla; artilleros de uniforme os-

* *Boule de suif*, publicado en 1880.

curo alineados con aquellos infantes diversos; y, a veces, el brillante casco de un dragón de lentos andares que seguía a duras penas la marcha ligera de los soldados rasos.

Legiones de francotiradores¹ de heroicas apelaciones: «Los Vengadores de la Derrota, Los ciudadanos de la Tumba, Los compañeros de la Muerte» pasaban a su vez, con aspecto de bandidos.

Sus jefes, antiguos comerciantes de paños o de cereales, ex tenderos de sebo o de jabón, guerreros de circunstancias, nombrados oficiales por sus escudos o por el tamaño de sus bigotes, cargados de armas, de franela y de galones, hablaban con voz retumbante, discutían planes de campaña, y pretendían sostener ellos solos la agonizante Francia sobre sus hombros de fanfarrones; pero a veces temían a sus propios soldados, unos facinerosos, a menudo valientes a ultranza, saqueadores y disolutos.

Se decía que los prusianos iban a entrar en Ruán.

La Guardia Nacional², que desde hacía dos meses practicaba reconocimientos muy prudentes en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas, y preparándose para el combate cuando un gazapo agitaba la maleza, se había retirado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, todos los mortíferos pertrechos con los que aterrorizaba hacía poco a los mojones de las carreteras

1. Las compañías de francotiradores, reorganizadas en 1867, estaban a la disposición de las autoridades militares pero al margen del ejército regular, conservando gran libertad de movimientos. He preferido conservar el término, pese a tratarse de un galicismo, pues «guerrillero» no responde a la realidad de este cuerpo.

2. Formación sedentaria reclutada en las grandes ciudades entre los hombres de 25 a 50 años. Gambetta había contado con ella para asegurar la defensa de las ciudades.

nacionales en tres leguas a la redonda, habían desaparecido de súbito.

Los últimos soldados franceses acababan de cruzar el Sena para llegar a Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y, marchando en pos de todos, el general, desesperado al no poder intentar nada con aquellos jirones dispersos, perdido él también en la gran derrota de un pueblo acostumbrado a vencer y desastrosamente batido a pesar de su bravura legendaria, caminaba a pie, entre dos ayudantes de campo.

Después, una profunda calma, una espera aterrada y silenciosa se habían cernido sobre la ciudad. Muchos burgueses barrigudos, debilitados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temblando por si se consideraban armas sus asadores y sus grandes cuchillos de cocina.

La vida parecía detenida, las tiendas estaban cerradas, la calle muda. A veces algún habitante, intimidado por aquel silencio, se deslizaba rápidamente a lo largo de las paredes.

La angustia de la espera hacía deseable la llegada del enemigo.

En la tarde del día que siguió a la partida de las tropas francesas, unos ulanos, salidos de no se sabe dónde, cruzaron la ciudad con rapidez. Un poco después, una masa negra bajó por la cuesta de Santa Catalina, mientras otras dos oleadas de invasores aparecían por las carreteras de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron, en un preciso momento, en la plaza del Ayuntamiento; y por todas las calles vecinas llegaba el ejército alemán, desplegando sus bata-

llones que hacían resonar el empedrado con su paso rítmico y duro.

Voces de mando gritadas con una voz desconocida y gutural ascendían a lo largo de las casas que parecían muertas y desiertas, mientras, tras los postigos entornados, algunos ojos acechaban a aquellos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de las fortunas y de las vidas por «derecho de guerra». Los vecinos, en sus habitaciones en penumbra, sentían el enloquecimiento que provocan los cataclismos, los grandes trastornos homicidas de la tierra, contra los cuales resultan inútiles prudencia y fuerza. Esa misma sensación reaparece siempre que se altera el orden establecido, siempre que la seguridad ya no existe, siempre que todo lo que protegían las leyes de los hombres o de la naturaleza se encuentra a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un temblor de tierra que aplasta bajo las casas derruidas a un pueblo entero; el río desbordado que arrastra campesinos ahogados con los cadáveres de los bueyes y las vigas arrancadas de los tejados, o un ejército glorioso que extermina a quienes se defienden, se lleva prisioneros a los demás, saquea en nombre del Sable y da gracias a Dios al son del cañón, son otros tantos azotes espantosos que desconciertan toda creencia en la justicia eterna, toda la confianza que nos han inculcado en la protección del cielo y la razón del hombre.

A cada puerta llamaban pequeños destacamentos, luego desaparecían en las casas. Era la ocupación después de la invasión. Comenzaba para los vencidos la obligación de mostrarse amables con los vencedores.

Al cabo de algún tiempo, una vez desvanecido el terror inicial, se instauró una nueva calma. Muchas familias

sentaban al oficial prusiano a su mesa. A veces era bien educado y, por cortesía, compadecía a Francia, expresaba su repugnancia a participar en aquella guerra. Le agradecían esos sentimientos; y, además, podían, un día u otro, necesitar su protección. Tratándolo con consideración, acaso conseguirían tener que alimentar a algunos hombres menos. Y ¿por qué herir a alguien de quien uno dependía por entero? Obrar así sería más temerario que valiente. Y la temeridad ya no es un defecto de los burgueses de Ruán, como lo fue en los tiempos de las heroicas defensas de que blasona su ciudad. Se decían, por último, razón suprema sacada de la urbanidad francesa, que bien podían permitirse ser corteses en casa con el soldado extranjero, siempre que no mostrasen esa familiaridad en público. En la calle, como si no se conocieran, pero en casa se charlaba de buen grado, y el alemán se quedaba cada vez más tiempo, por las noches, calentándose en el hogar común.

La propia ciudad recobraba poco a poco su aspecto ordinario. Los franceses apenas salían aún, pero los soldados prusianos hormigueaban en las calles. Por lo demás, los oficiales de húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus grandes utensilios de muerte por el empedrado, no parecían sentir por los simples ciudadanos un desprecio mucho más enorme que los oficiales de cazadores que, el año anterior, bebían en los mismos cafés.

Había sin embargo algo en el aire, algo sutil y desconocido, una atmósfera extraña e intolerable, como un olor difundido, el olor de la invasión. Llenaba las viviendas y las plazas públicas, cambiaba el sabor de los alimen-

tos, daba la impresión de encontrarse de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban siempre; eran ricos, por otra parte. Pero cuanto más opulento es el negociante normando, más sufre con cualquier sacrificio, con cualquier parcela de su fortuna que ve pasar a manos de otro.

Sin embargo, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores recogían a menudo del fondo del agua algún cadáver alemán hinchado dentro de su uniforme, muerto de una cuchillada o de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra, o arrojado al agua de un empujón desde lo alto de un puente. El fango del río sepultaba esas venganzas oscuras, salvajes o legítimas, esos heroísmos desconocidos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas a plena luz y sin la resonancia de la gloria.

Pues el odio al Extranjero arma siempre a algunos Intrépidos dispuestos a morir por una Idea.

Por último, como los invasores, aunque sometían la ciudad a su inflexible disciplina, no habían cometido ninguno de los horrores que la fama les atribuía a lo largo de su marcha triunfal, resurgieron los ánimos, y la necesidad del negocio reinó de nuevo en el corazón de los comerciantes de la región. Algunos tenían grandes intereses en El Havre, ocupado por el ejército francés, y quisieron intentar llegar a ese puerto yendo por tierra a Dieppe, donde se embarcarían.

Utilizaron la influencia de los oficiales alemanes a quienes habían conocido, y consiguieron una autorización de salida del general en jefe.

Así, pues, tras haber reservado una gran diligencia de cuatro caballos para el viaje, y tras haberse inscrito diez personas con el cochero, se decidió salir un martes de madrugada, para evitar aglomeraciones.

Hacia ya algún tiempo que las heladas habían endurecido la tierra, y el lunes, hacia las tres, densas nubes negras llegadas del norte trajeron la nieve, que cayó sin interrupción durante toda la tarde y toda la noche.

A las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunieron en el patio del Hotel de Normandía, donde debían subir al coche.

Estaban aún muertos de sueño y tiritaban de frío bajo sus mantas. En la oscuridad no se veían bien, y el cúmulo de pesadas ropas de invierno asemejaba todos los cuerpos a obesos curas con sus largas sotanas. Pero dos hombres se reconocieron, un tercero los abordó, charlaron:

–Yo llevo a mi mujer –dijo uno.

–Yo también.

–Y yo.

El primero agregó:

–No regresaremos a Ruán, y si los prusianos se acercan al Havre, nos iremos a Inglaterra.

Todos tenían los mismos proyectos, al ser de parecido temperamento.

Sin embargo, nadie enganchaba el carruaje. Un farolito, llevado por un mozo de cuadra, aparecía de vez en cuando por una puerta oscura para desaparecer inmediatamente por otra. Cascos de caballos herían el suelo, amortiguados por el estiércol de las cuadras, y al fondo del edificio se oía una voz de hombre que hablaba a los

animales y blasfemaba. Un leve murmullo de cascabeles anunció que alguien manejaba los arneses; el murmullo se convirtió pronto en una vibración clara y continua, acompasada con los movimientos del animal, deteniéndose a veces, reanudándose después con una brusca sacudida acompañada por el ruido sordo de un casco herrado al golpear el suelo.

La puerta se cerró de súbito. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, habían enmudecido; permanecían inmóviles y rígidos.

Una cortina ininterrumpida de copos blancos relucía sin cesar al descender al suelo; borraba las formas, empolvaba las cosas con una espuma helada, y sólo se oía, en el gran silencio de la ciudad tranquila y sepultada bajo el invierno, ese roce vago, inexplicable y flotante de la nieve que cae, sensación más que ruido, entrecruzamiento de átomos ligeros que parecen llenar el espacio, cubrir el mundo.

Reapareció el hombre, con su linterna, tirando con una cuerda de un caballo triste, que lo seguía de mala gana. Lo colocó junto a la lanza, enganchó los tirantes, dio varias vueltas alrededor para asegurar los arcos, pues no podía servirse más que de una mano, al llevar en la otra la luz. Cuando iba a buscar al segundo animal, se fijó en todos aquellos viajeros inmóviles, ya blancos de nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben ustedes al coche? Estarán resguardados, al menos.

No habían pensado en ello, sin duda, y se precipitaron. Los tres hombres instalaron a sus esposas en el fondo, y después subieron; en seguida otras formas indecisas y

veladas ocuparon a su vez las últimas plazas, sin intercambiar una palabra.

El suelo estaba cubierto de paja en la cual los pies se hundieron. Las señoras del fondo, que habían traído estufillas de cobre con un carbón químico, encendieron los aparatos, y, durante cierto tiempo, en voz baja, enumeraron sus ventajas, repitiéndose cosas que sabían ya desde hacía mucho tiempo.

Por último, una vez enganchados seis caballos en vez de cuatro a causa de la pesadez del carruaje, una voz preguntó desde fuera:

—¿Han subido todos?

Una voz respondió desde dentro:

—Sí.

Y partieron.

El coche marchaba lentamente, lentamente, a paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve; la caja entera gemía con sordos crujidos; los animales resbalaban, resoplaban, humeaban, y el gigantesco látigo del cochero restallaba sin tregua, volteaba por todos los lados, anudándose y desenrollándose como una menuda culebra, y azotando bruscamente una grupa rolliza que se tensaba entonces con un esfuerzo más violento.

Pero el día avanzaba imperceptiblemente. Esos copos leves que un viajero, ruanés de pura cepa, había comparado con una lluvia de algodón ya no caían. Un resplandor sucio se filtraba a través de densas nubes oscuras y pesadas que hacían más deslumbrante la blancura del campo, donde aparecían, ya una fila de grandes árboles vestidos de escarcha, ya una choza con un capuchón de nieve.

En el interior del coche se miraban curiosamente unos a otros, a la triste claridad de aquella aurora.

Al fondo, en los mejores asientos, dormitaban, uno frente a otro, el señor y la señora Loiseau, mayoristas de vinos de la calle de Grand-Pont.

Antiguo dependiente de un empresario arruinado en los negocios, Loiseau había comprado las existencias y había hecho fortuna. Vendía muy barato un vino malísimo a los taberneros rurales, y entre sus amigos y conocidos se le tenía por un pícaro redomado, un auténtico normando lleno de astucia y de jovialidad.

Su reputación de tramposo estaba tan asentada que, una tarde, en la prefectura, el señor Tournel, autor de fábulas y de canciones, espíritu mordaz y fino, una gloria local, había propuesto a las damas, a las que veía un poco somnolientas, jugar una partida de «Loiseau vole³»; la frase voló también a través de los salones del prefecto y después, llegando a los de la ciudad, hizo reír durante un mes a todas las mandíbulas de la provincia.

Loiseau era además célebre por sus bromas de todas clases, sus chistes buenos o malos, y nadie podía hablar de él sin agregar de inmediato:

—No tiene precio, este Loiseau.

De escasa estatura, presentaba un vientre como un globo, coronado por una cara coloradota entre dos patillas canosas.

Su mujer, alta, robusta, resuelta, de voz resonante y rápida en sus decisiones, era el orden y la aritmética de

3. Juego de palabras, absolutamente intraducible, entre *L'oiseau vole*, 'el pájaro vuela', y *Loiseau vole*, 'Loiseau roba'.

la firma comercial que él animaba con su alegre actividad.

Junto a ellos se sentaba, más digno, como perteneciente a una casta superior, el señor Carré-Lamadon, hombre importante, introducido en el algodón, propietario de tres hilaturas, oficial de la Legión de Honor y diputado provincial. Durante toda la época del Imperio había sido el jefe de la oposición tolerante, únicamente para hacerse pagar más cara su adhesión a la causa que combatía con armas cortesés, según propia expresión. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los oficiales de buena familia enviados de guarnición a Ruán.

Estaba sentada frente a su esposo, muy pequeña, muy graciosa, muy bonita, avillada en sus pieles, y miraba con ojos afligidos el lastimoso interior del carruaje.

Sus vecinos, el conde y la condesa Hubert de Bréville, llevaban uno de los más antiguos y nobles apellidos de Normandía. El conde, anciano caballero de excelente porte, se esforzaba por acentuar, mediante los artificios de su tocado, su natural parecido con el rey Enrique IV, el cual, según una gloriosa leyenda de la familia, había dejado encinta a una señora de Bréville, cuyo marido, gracias a ese hecho, se convirtió en conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon en la Diputación Provincial, el conde Hubert representaba en el departamento al partido orleanista. La historia de su matrimonio con la hija de un simple armador de Nantes había estado siempre envuelta en el misterio. Pero como la condesa tenía un gran aire, recibía mejor que nadie, e in-